

Faint, illegible text visible through the paper from the reverse side of the page.



PANEGÍRICO

PREDICADO EN LA IGLESIA DE SAN LORENZO DE MÉXICO, EL 20
DE ABRIL DE 1890, AL TERMINAR EL TRIDUO CON QUE
LA CONGREGACIÓN DE SAN VICENTE SOLEMNIZÓ
LA BEATIFICACIÓN DEL BIENAVENTURADO
JUAN GABRIEL PERBOYRE.



Prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.

Los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo Jesucristo.

Rom. VIII. 29.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:¹

QUÉ dicha puede compararse á la de ser hijo de la Iglesia Católica? Apostólica por su origen, ella nos ata fuertemente á aquellas doce robustas columnas, en que Cristo la fundara, y sobre todo al Príncipe del glorioso Senado, Pedro, viviente aún en la

¹ El Illmo. Sr. Arzobispo de México, que asistía en el trono, y el Illmo. Sr. Don Perfecto Amézquita, Obispo de Tabasco, de la Congregación de la Misión, que celebraba de pontifical.

persona de su sucesor el Romano Pontífice. Abrazando en su universalidad todos los siglos y todas las naciones, engrandece nuestra pequeñez, y nos hace miembros del cuerpo más poderoso y gigantesco que pueda salir de las manos del Creador. Santa por sus doctrinas, santa por la virtud heroica que muchos de sus hijos predilectos han desplegado desde el principio y seguirán ostentando hasta la consumación de los siglos, la gloria de los unos se refleja en todos, los méritos de unos pocos privilegiados se comunican á la entera corporación.

¡Cuantos mártires, y confesores, y vírgenes resplandecieron en los tiempos de las persecuciones! Con la paz concedida á la Iglesia, cesó de correr, con tanta profusión como antes, la sangre de los cristianos; y aumentando el número de creyentes, se hicieron menos necesarios los milagros de los primeros días. Pero no por eso cesaron del todo, como observaba ya en su tiempo el Venerable Beda; y si no ha muerto la fe de los Gregorios que transporta montañas, tampoco se ha menguado la fortaleza de los Estébanes, que devuelven generosamente á Jesucristo la vida que diera por todos en el Calvario.

Así en la época de las catacumbas, como en la de la irrupción Mahometana; así en los yermos del quinto siglo, como en los monasterios de la edad media; así en el período aciago de la llamada Reforma Protestante, como en medio del asqueroso epicureísmo de nuestros días, el Señor ha señalado á algunos de sus escogidos, en quienes ha querido imprimir de una manera especial la sagrada imagen de su Hijo divino, ya sea por medio de un serafín, como á Francisco de Asís hace ocho siglos, ya sea por las manos de inicuos perseguidores, como en

el Bienaventurado Juan Gabriel Perboyre en nuestros días; *pærsavit et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.*

La Iglesia, es cierto, cauta á pesar de su potestad suprema; prudente, no obstante su infalibilidad, acostumbra diferir la revelación de la gloria adquirida por sus santos, hasta que se han desvanecido las generaciones entre las cuales vivieron y lucharon. Hacía casi tres siglos que el angélico Juan Berchmans había edificado á sus santos compañeros con una vida inmaculada y una muerte preciosa; más de trescientos cincuenta años habían pasado desde que la cabeza del esforzado Obispo Juan Fisher había rodado bajo el hacha del implacable Enrique VIII, y hasta entonces quiso la Santa Sede sublimarlos al honor de los altares. Cuando hace poco los innumerables testigos de las virtudes del inmortal Pío IX hablaban de milagros y pedían á la Iglesia su glorificación en la tierra, la prudencia de su gran Sucesor mandó aguardar á los entusiastas fieles, hasta que transcurriera el número de años que para la petición de tales honores ha fijado la Cátedra Romana.

Hay, empero, algunos casos en que parece que el cielo prohíbe toda dilación, y quiere que los contemporáneos y aun deudos de aquellos á quienes acaba de abrir sus puertas de adamante, los vean desde la tierra en sus tronos de gloria, y contemplen, piadosamente envidiosos, la sublime altura á que puede elevar el Señor ese barro despreciable de que fueron formados ellos, y los que con ellos vivieron, no exentos de flaquezas, pero vencedores del mundo y de sí mismos. Tal acaeció, según narra la historia, con nuestro compatriota San

Felipe de Jesús, cuya madre vivió lo bastante para oír al Oráculo del Vaticano declarar solemnemente que aquel hijo cuya ligereza había ella llorado, se hallaba en el cielo adornado con la gloriosa palma del martirio. Tal ha sucedido con el mártir cuyos loores voy á pronunciar. No pocos de sus inmediatos parientes, de sus discípulos, de sus alumnos, viven aún y se gozan en la gloria de aquél cuyas virtudes admiramos en la tierra.

Y bien ha menester la época presente de tales ejemplos. No queda ya á nuestra disposición ni el yermo para apartarnos de las asechanzas del mundo actual, como pudieron hacerlo los anacoretas en los últimos años del corrompido Imperio Romano. Hasta la paz del claustro se ve turbada, y á los oídos más recatados llegan tales diatribas, tales calumnias contra los personajes más santos y más puros, que por más que nos fortifiquemos contra los asaltos de la mentira, algo se adhiere á nuestra flaqueza, y llegamos á pensar que ya no hay santidad en el mundo, que la virtud ha huido al cielo, que la nuestra no es época de santos ni de milagros.

La vida heroicamente ejemplar y el martirio como pocos glorioso de Juan Gabriel Perboyre, que nació juntamente con nuestros padres, que vivió con muchos que conocemos y tratamos, que murió cuando ya nosotros habíamos visto la luz, y que sin embargo ha sido sublimado al honor de los altares, servirán para hacernos ver que la santidad es también fruto del siglo XIX, que también hoy hay mártires, como en tiempo de las Águedas y de los Policarpas, que también ahora puede y quiere el Señor obrar prodigios como en la época de los Apóstoles.

Tal me propongo demostraros al tejer el elogio de Juan Gabriel Perboyre; pero quiero no menos haceros desechar un error harto común cuando se trata de la gracia del martirio. Se cree generalmente, y aun por personas no vulgares, que es fácil cosa morir por la fe, y que el primer venido puede á la hora que se le antoje, borrar una vida de crímenes ó ligerezas con unos cuantos minutos de tormentos llevaderos. ¿No sucedió tal cosa con el cómico San Ginés? ¿Pasó, por ventura, largos años en el retiro claustral y en las prácticas de penitencia el joven Felipe de Jesús? ¿No era Sebastián un soldado alegre antes de ser asaeteado por los pretorianos? ¿Tuvo una niña de trece años, como Inés, el tiempo material de hacerse santa? ¿Qué diferencia entre esta rápida y fácil adquisición del Reino de los cielos, y las largas fatigas de los Franciscos de Asís, de Sales ó de Borja, las luchas de Magdalena ó Margarita de Cortona, los sudores de un Felipe Neri, de un Javier, de un Juan Capistrano!

Y sin embargo no es así. El Dueño de la Viña celeste llama, es cierto, á los obreros á la hora de prima lo mismo que á la undécima, y á todos distribuye igual salario; pero, salvo quizá raras excepciones, dispone Su Providencia que aquellos que predestina á derramar su sangre por la fe, merezcan de antemano la gracia del martirio. Aun aquellos que en un momento fueron trasladados de las tinieblas del error á la luz de la fe y al esplendor de la gloria, casi siempre dieron pruebas de algunas virtudes morales que movieron al Dios de las Misericordias á concederles tamaños favores.

Vais á verlo patente en la historia del Bienaventurado

Juan Gabriel Perboyre, que os voy á trazar menos brevemente de lo que quisiera, y más de lo que el asunto exige, siguiendo el orden cronológico de los sucesos. Notaréis que predestinado por Dios para hacerlo conforme á la imagen de su Hijo Jesucristo, ajustó su vida desde temprano al divino Modelo. Veréis que aun cuando no se le hubiera concedido la palma del martirio, podría ostentar sobre los altares el lirio del Virgen y los lauros del Confesor. Comprenderéis que la dicha de derramar la sangre por la Religión verdadera, aun en este siglo de indiferencia, fué no sólo una gracia especial, sino un premio concedido á sus altísimas virtudes. Admiraréis, por último, la predilección que á su siervo mostró el Señor, hasta el grado de permitir que sus padecimientos y suplicio fuesen el vivo retrato de la pasión y muerte de su Hijo Unigénito.

Como aun es poco conocida la historia del nuevo Bienaventurado, tendré que ser minucioso al referir los sucesos que le dan tanto realce, y me quedará poco tiempo para reflexiones y comentarios. Confío, sin embargo, en que la sola narración, sencilla y sin adornos, de una vida tan ejemplar y una muerte tan gloriosa, os interesarán sobremanera, y encenderán en vuestras almas ardientes deseos de imitar al héroe que podemos llamar contemporáneo. Así lo pido al Espíritu Santo, por intercesión de la Reina de los Mártires.

AVE MARÍA.

I

Empieza el año segundo del siglo presente, Después del terrible cataclismo que ha derribado el trono y el altar, vuelve Francia á acordarse que es la hija primogénita de la Iglesia, y llorando sus culpas á los pies del Pontífice Supremo, restablece el culto abolido y restituye sus honores y fueros á la ultrajada Religión. La Iglesia, en medio de su regocijo por la vuelta del pródigo, no puede menos que llorar los estragos causados por la revolución; y si bien ha tenido que admirar ejemplos de fortaleza y de inquebrantable constancia, la apena la apostasía de tantos de sus hijos, la debilidad de no pocos de sus ministros, la indiferencia religiosa en que, después de una época de atroz desenfreno, ha caído una gran parte del pueblo antes cristiano, sumiso y piadoso.

Entre aquellos que se han mantenido fieles aun en medio de la persecución más espantosa, que no han cedido á los halagos ni de sacerdote cismático ni de tribuno regicida, y han seguido tributando á Dios el culto debido, cuando no en el cerrado templo, en el fondo del hogar doméstico, se encuentran dos piadosos cónyuges de una pequeña aldea de la diócesi de Cahors, Pedro Perboyre y María Rigal. Pertenecen á esa raza de agricultores, cuya áurea medianía excitaba la envidia de

Horacio, y que lejos del tráfago de las ciudades, cultivan con sus propios bueyes el pequeño campo heredado de sus mayores, y lo hacen producir ricas cosechas, sin necesitar para ello la plata del usurero. Dichoso el país en cuyo seno florece numerosa esta clase social, que ni vende á sus hijos como siervos, ni los excita á la rebelión; que es humilde sin bajeza, laboriosa sin ambición, activa sin codicia. La Iglesia la ve con predilección singular, y todo Estado bien constituido cifra en ella su fuerza y sus esperanzas.

En el hogar de esos buenos esposos, una cuna empieza á mecerse, y en ella se reclina un infante á quien se imponen en la sagrada fuente los nombres de Juan Gabriel. ¿Seguiremos uno á uno sus primeros pasos? ¿Admiraremos las brillantes cualidades que manifiesta desde pequeño? ¿Lo contemplaremos á la edad de seis años guardando con escrupulosa fidelidad el pequeño rebaño que tan temprano le confían sus padres? ¿Lo espiaremos dando limosna á los que todavía más que él se encuentran necesitados? ¿Lo compararemos con Aquél, que parece ya ser su modelo, y que estuvo tantos años *sujeto á sus padres*, como lo está ahora su humilde retrato? ¿Lo visitaremos en la escuela, en que á medida que crece en años, va creciendo también en ciencia y en virtud?

Corramos tras él, por lo menos, en la primera excursión que emprende lejos del hogar paterno, y que debiendo ser de breves semanas, se prolonga muchos años y es decisiva en la historia de su vida. Se encuentra el joven terminando su tercer lustro, y debiendo un hermano menor ir á estudiar al Seminario de Montauban,

se ofrece Juan Gabriel á escoltarlo en su viaje, y á ser su *ángel custodio* los primeros días que pasa en el Colegio. No permiten los superiores su regreso al hogar. Desde los primeros días notan tantas virtudes y tan bellas prendas en el que ya en su pueblo era llamado *el santito*, que el Rector, tío de Juan Gabriel, persuade á su padre á que se prive de los servicios del niño y lo deje consagrarse á las letras y á Dios. Él mismo se siente llamado al estado eclesiástico, y renunciando desde luego á cuanto puede poseer y adquirir, á su familia, á su hogar, á sus queridas viñas y ganados, escribe á su padre estas memorables palabras: “Después de muchas oraciones he creído que el Señor me llama á sí. . . . Mi único sentimiento es no poder ayudaros en vuestras pesadas faenas; pero si Dios me llama al estado eclesiástico, no puedo elegir otro camino para llegar á la eterna bienandanza.”

¡Bien haya el niño que tales conceptos expresa con tanta libertad y al mismo tiempo con tanta y tan filial sumisión! ¡Bien haya el padre, que lejos de ofenderse ó afligirse, se desprende generosamente de tal hijo, y de buena gana le permite consagrarse á su Dios!

Á pesar de su edad, relativamente avanzada, recorre á pasos de gigante, y siempre distinguiéndose, las humanidades y retórica, y presto emprende el estudio de la filosofía. Su precoz madurez hace que, aun antes de terminar el curso, sea nombrado profesor suplente, y sus virtudes, sobre todo la humildad y la modestia que en todos sus actos resplandece, lo convierten en objeto de amor, de respeto y de veneración para compañeros y superiores.